Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

TRES TEMAS INTERESANTES

1º Si Dios es tan bueno, ¿por que permite tantos males en el mundo?
2º Dios no olvida nada. Toda tu vida está patente ante El.
3º La voluntad de Dios. En cumplirla está la santidad.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
SEVILLA

ISBN: 84-7770-336-1
D.L. Gr. 848-97
Impreso en CGA
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACION

Amigo lector:

En este libro trato de exponer tres temas que juzgo de gran interés para todos, y son estos:

Primer tema. Hay un problema que atormenta y martiriza a las almas, el ver el mundo tan revuelto, tantos crimenes y tantas guerras, y por otra parte niños y gentes inocentes que sufren y mueren, muchos se preguntan: Si Dios es tan bueno y omnipotente, ¿cómo puede consentir que haya tantos males, tantos pecados e iniquidades en el mundo?

Hay ciertamente *males físicos:* enfermedades, dolor, desgracias, calamidades públicas, como son la peste, el hambre, las guerras... Y *males morales:* pecados, faltas, maldades, crimenes. ¿Por qué, repetimos, los consiente Dios?

Empezaremos explicando: ¿Por qué permite Dios el pecado? ¿De dónde viene el mal, las pruebas y tribulaciones de la vida?...

Segundo tema. Dios no olvida nada. En este tema pretendo dar una lección práctica para todos: para los que obran el bien y para los que van por el camino del vicio y del pecado. Ante Dios no caducan ni se olvidan las cosas. Dios no olvida el bien que hicimos

a los demás hombres y que nosotros mismos hace tiempo podemos haber olvidado.

Dios todo lo conserva en su memoria, es decir, tiene presente el bien que hemos hecho y el mal que hemos cometido contra los demás y contra El mismo y que aún no hemos expiado.

Tu que lees esto: ¿Has pecado mucho? ¿Te atormentan tus pecados? Pues ten presente que Dios no los recordará si los borras con el arrepentimiento y la penitencia (Ez. 33,16). En este tema me limitaré a hablar de Dios omnisciente, omnividente y omnipresente, es decir, de Dios que todo lo ve, lo sabe y lo tiene presente...

Tercer tema: Tema importante es éste de la voluntad de Dios. Todo está en saber lo que Dios quiere y cumplirlo, porque la santidad está en conformar nuestra voluntad con la voluntad de Dios, o sea, en "hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace".

Lo más grande que hay en esta vida es cumplir en todo la voluntad de Dios, y hablaré del deber que todos tenemos de cumplirla. En el índice del libro pueden verse los diversos pensamientos que voy exponiendo sobre estos temas.

Benjamín MARTIN SANCHEZ
Zamora, 31 de marzo de 1997

TEMA 1º

SI DIOS ES TAN BUENO ¿POR QUE PERMITE TANTOS MALES EN EL MUNDO?

Advertencia previa

Antes advertiré como principios generales, que Dios, por ser infinitamente santo y feliz, no necesita nada, y sólo por pura bondad creó al hombre a su imagen y semejanza, al que le dio el don precioso de la libertad. Como leemos en la Biblia: *"Dios hizo al hombre desde el principio y le dejó en manos de su albedrío: Si tu quieres, puedes guardar sus mandamientos"* (Eclo. 15,14-15). *Mirad, yo pongo ante vosotros la vida y la muerte, la bendición y la maldición; la bendición vendrá sobre vosotros, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios; la maldición, si no los cumplís"* (Dt. 11,26-28; 30,19).

Creado el hombre, Dios le señaló un fin sobrenatural, una vida eterna, después de ésta, y Jesucristo nos diría: *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17).

El hombre no correspondió a los bienes recibidos de Dios. Puesto a prueba en el paraíso terrenal, pecó y por su pecado de desobediencia que tuvo raíz en la soberbia, perdió para sí y para su descendencia el estado de gracia y fue privado de la inmortalidad y de otros dones gratuitos. El responsable de este pecado

es el hombre. Dios respetó su libertad, y por ese pecado quedó sujeto al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

¿Qué hizo Dios por el hombre una vez caído en el pecado? Se compadeció de él. Dios que odia grandemente el pecado, amó infinitamente al hombre y determinó elevarlo al orden sobrenatural, y su amor fue tan grande que llegó hasta mandar a su Hijo al mundo para redimirnos: "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, no para condenarlo, sino para salvarlos" (Jn. 3, 16-17).

Dios sabe esperar. Tiene gran paciencia y así dice por el profeta Ezequiel: "Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (33,11), y como leemos en el libro de la Sabiduría: "Hace como que no ve nuestros pecados, para esperarnos a penitencia" (11,24).

Estos principios expuestos con brevedad, se irán comprendiendo mejor al seguir leyendo lo expuesto en las páginas siguientes, y veremos que si Dios nos castiga es, unas veces, para nuestra enmienda o para expiación de nuestros pecados, para hacernos recapacitar y volvernos a El, al que hemos ofendido, y así irnos desprendiendo de este mundo de destierro, y otras veces, si manda grandes castigos sobre pueblos y ciudades, como veremos, es porque ellos no cumplen la ley de Dios. Deber del cristiano es asemejarse a Cristo, siguiéndole por el camino de la cruz.

DIOS Y EL MAL

¿Por qué permite Dios el pecado?

Partimos del supuesto que Dios es infinitamente bueno, pues la Sagrada Escritura alaba constantemente la bondad y la misericordia de Dios y así leemos en ella: *"Es bondadoso Yahvé para todos y su misericordia está sobre todas sus obras"* (Sal. 145,9). *"Glorificad al Señor por su bondad inmensa: porque es eterna su misericordia"* (1 Cr. 16,84). *"Bueno es el Señor para los que esperan en El, para las almas que le buscan"* (Lam. 3,25)... Y en Jesucristo, en el que vemos reflejada la misericordia de Dios en la tierra, tenemos entre otros muchos estos ejemplos: el hijo pródigo, la mujer adúltera, etc...

San Agustín nos dice: "Nosotros existimos, porque Dios es bueno y nos ama" (De doctr. christ. 1,32,35). Al Dios misericordioso y santo le duele el pecado, es decir, le agradaría que no lo cometiésemos jamás. ¿Cuál es, pues, la causa del pecado? La causa del pecado no es otra que el *libre albedrío del hombre*. Dios le ha dado la libertad con el fin de que haga el bien, mas a veces la emplea para el mal y de ahí el mérito o el demérito, o sea, el que sea premiado o castigado por las obras buenas o malas que hiciera.

El pecado existe; pero no es Dios quien lo creó. El no lo quiso, sino el hombre. Se puede abusar de la libertad, se puede cometer el pecado, pero Dios no es responsable del pecado. No es responsable el profesor si enseña muchas cosas buenas y útiles a sus dis-

cípulos, y ellos luego las aprovecharan para el mal.

Y, por cierto, comenta el Dr. Tihámer Toth, ¡cuántos sufrimientos de los hombres tienen ahí su causa! ¡Cuántos hombres no habrían nacido paralíticos, ciegos, enfermizos, juguete de los nervios, si alguno de sus mayores no hubiera derrochado sus energías en juergas inmorales, pecando contra el mandamiento de la vida pura!

Si pudiéramos apartar del mundo todas las amarguras, desgracias, robos, asesinatos, guerras que el hombre causa a su prójimo, ¡cuánto más fácil resultaría la vida! Pero de ninguna manera podemos cargar la responsabilidad en la cuenta de Dios.

¿Cuál es el origen del mal?

Todas las cosas creadas o salidas de manos de Dios *"eran en gran manera buenas"* (Gén. 1,31). Por consiguiente, el origen del mal, la malicia o pecado que hay ahora en el mundo, y del cual nacen todos los males, no procede del Creador, sino del abuso de la libertad del hombre.

La Biblia lo dice así: *"Nadie diga: Mi pecado viene de Dios, que no hace El lo que detesta. Dios le dejó en manos de su libre albedrío. A ninguno manda obrar impíamente, a ninguno da permiso para pecar"* (Eclo. 15,11 y 25).

La misma Biblia nos da también la solución a este problema al decirnos: *"Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte"* (Rom. 5,12), y en el libro de la Sabiduría leemos: *"Por envi-*

dia del diablo entró la muerte en el mundo" (2,24). Por el pecado también Dios maldijo la tierra y de ella *"todo hombre comerá el pan con trabajo y sudor de su rostro los días de su vida"* (Gén. 3,17-18).

El origen, pues, del mal y de todos los sufrimientos: hambre, peste, guerras, dolor, muerte... son debidos al primer pecado y a los pecados personales de los hombres.

¿Cómo rige Dios al mundo?

Dios es el creador del mundo y del hombre, y Él dirige todos los acontecimientos, y nada sucede sin su orden o permiso, esto es, Dios rige y gobierna con su Providencia todas las cosas.

A los seres privados de razón los rige por medio de *leyes físicas* e inflexibles, que jamás deroga sin especiales razones, aunque deban resultar algunos desordenes particulares. Y así en virtud de estas leyes establecidas por El, cada día el sol nos alumbra, la tierra nos sostiene, el fuego quema, etc...

A los hombres, seres racionales y libres, Dios los dirige por medio de leyes morales y les impone las *obligaciones* o el deber de observarlas, pero no los fuerza a ello, por respeto a su voluntad libre.

Muchos dicen: Si Dios es tan bueno y cuida de nosotros, ¿por qué hay padecimientos en el mundo? A esto podríamos responder: ¿Acaso estos no provienen frecuentemente de nuestras propias faltas?, y ¿quién no ve que tendríamos menos sufrir, si fuéramos más moderados en nuestros deseos, más razona-

bles en nuestros proyectos, más sobrios y templados en nuestra vida?

No hay duda que los males del cuerpo son generalmente, debidos a las culpas del hombre. ¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia, y a muchos les toca sufrir por glotonería, por embriaguez, por las drogas... Son una expiación que la naturaleza impone a los que infringen sus leyes.

Hay otros males que son consecuencia de leyes generales establecidas por Dios para el gobierno del mundo: Un hombre cae en el fuego, y naturalmente se quema; un tren descarrila o un avión se estrella contra una montaña y consiguientemente hay víctimas... Dios no está obligado a hacer milagros a cada paso para impedir estos y otros accidentes...

Pero además de los pecados personales y las leyes generales que gobiernan el mundo, como fuente de dolor y del sufrimiento, hay otra realidad profunda, como ya hemos indicado: el pecado *original,* o sea, el de Adán en quien todos pecamos.

Dios, al respetar como Padre la libertad del hombre, tuvo que respetar las consecuencias que esta libertad abrió al dolor por el pecado.

Advertencia: A veces vemos accidentes como aquel de los 18 galileos sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató. Entonces dijo Jesucristo: ¿Creéis que ellos eran más culpables que todos los habitantes de Jerusalén? No, os lo aseguro; mas si vosotros no os arrepentís de vuestros pecados, todos pereceréis igualmente.

Hay leyes físicas que se siguen fatalmente sobre buenos y malos. No creamos, pues, que los que mueren en tantos accidentes son más culpables que los demás. Nuestro deber es estar preparados, como dice Jesucristo, es decir, en amistad con Dios, sin pecado, porque nos puede sorprender la muerte en cualquier accidente menos pensado.

El Dios bondadoso y el sufrimiento

"Justo es el Señor en todas sus disposiciones, y santo en todas sus obras" (Sal. 145.17). Pero la experiencia no contradice esta aserción? ¿No la contradicen las desgracias innumerables, los sufrimientos, que hacen que nunca se extingan las quejas en los labios de los hombres?

Monseñor Tihámer Toth habla así de este problema:

"El campesino se queja de que la cosecha es mala; el pobre, de que está aterido de frío en invierno; el enfermo, de que es insoportable el dolor; el niño, de no tener vestido; el joven, de no tener de que vivir; el anciano, porque habrá de morir... Todo son quejas y lágrimas...¡desde la cuna hasta la tumba, un dolor contínuo!

¡Y qué casos más emocionantes! Se incendia un *cine,* y setenta niños perecen abrasados... y se ha de oir el sollozo terrible de setenta madres!. Estalla la dinamita, en una misa alemana, y mueren unos trescientos hombres. Se desliza una montaña en Lyón, y sepulta calles enteras. Una serie ininterrumpida de choques, explosiones, desgracias, pueden leerse diariamente en las columnas de los periódicos...".

Añadamos a lo dicho: los terremotos que se han sucedido en estos años, los de Colombia, y especialmente el último del Japón, en el que perecieron más de cinco mil personas, y más de tres mil en el Irak, y millares de heridos y sin hogar... y el que se den casos de criminales que asesinan a inocentes...

¿Cómo podemos dar a este problema una respuesta tranquilizadora y satisfactoria? ¿Acaso las guerras, las sequías, los terremotos, no dependen sólo de Dios?

Dios mismo nos da la respuesta. Si leemos lo que nos dice en los capítulos 26 del libro sagrado del Levítico y el 28 del Deuteronomio, veremos claramente que la causa de todos los males son castigos que Dios manda sobre la humanidad por los pecados de los hombres, porque estos no cumplen los mandamientos de Dios, y por eso El dice: "Si cumplís mis mandamientos sembraréis poco y recogeréis mucho, y la lluvia vendrá a su tiempo; pero si no los cumplís el cielo se pondrá de bronce..." y a los que hacen el mal Dios les pedirá cuenta y no quedarán sin castigo.

Dios no quiere el mal. El mundo actual no es como Dios lo creó al principio. Dios no quería el sufrimiento, ni la miseria, ni la muerte. Pero el plan primitivo de Dios fue torcido por el libre albedrío humano, por el primer hombre, que todo lo echó a perder... y aquel pecado y los pecados actuales que se cometen son los merecedores de los castigos de Dios.

Se reza poco y se peca mucho, y cuando el pecado se extiende y no hay arrepentimiento o cambio

sincero de vida, y la gente se va alejando de Dios, no debe extrañarnos que Dios se aparte de nosotros. Esto es lo que dijo un profeta inspirado por Dios a Asá, rey de Judá: *"Oidme, Dios estará con vosotros cuando vosotros estéis con El, y si le buscáis, se dejará hallar de vosotros; mas si le abandonáis (si no cumplís sus santos mandamientos) os abandonará"* (2 Cr. 15,1.-2)

A veces, cuando hay grandes sequías se hacen rogativas para que llueva y no digamos que Dios no nos oye. Cuando el pecado es colectivo, hacen falta oraciones no de un solo pueblo o una ciudad, es necesario que se sumen pueblos y ciudades, y especialmente los que sufren los castigos de la sequía o de la guerra. Cuando en el reino de Judá hubo reyes como Asá, Ezequías y Josías, enardecidos por la causa de Dios que hicieron desaparecer de su tierra toda clase abominaciones y lucharon contra la corrupción de costumbres, Dios les auxiliaba y les bendecía y cuando otros reyes se daban a la idolatría, el pueblo sufría grandes tribulaciones. Para triunfar siempre cumplamos la ley de Dios.

No te impacientes por los malvados

¿Por qué el malo prospera y aparece feliz en esta vida, mientras el bueno pasa por tantas tribulaciones? Algunos de los que esto dicen al ver la prosperidad de los malos y que gozan de salud y bienestar sin preocuparse de la muerte, les entra como envidia de su suerte y hasta se ven tentados a abandonar la religión.

Este problema, que tratamos de resolver a la luz de la revelación, lo vemos planteado especialmente en los salmos 37,49 y 73, los cuales nos dicen lo siguiente sobre la suerte futura del impío:

Salmo 37: "No te impacientes por los malvados, no envidies a los que hacen el mal, porque vana es su felicidad, ya que desaparecerán como el heno y la hierba verde, y se evaporarán como el humo; su prosperidad será muy breve y perecerán todos los que obran el mal, y su posteridad será exterminada".

Salmo 49: Todos los hombres están sujetos a la ley de la muerte, y los ricos también morirán, y no podrán llevar consigo sus riquezas... La suerte de los malos ricos no debe ser envidiada por el justo, porque ellos despojados de todo, irán al abismo, y por no reflexionar viven semejantes a las bestias que perecen; su figura quedará deshecha, esto es, pasarán al olvido y las riquezas no les servirán para nada en aquel lugar donde jamás volverán a ver la luz.

Los justos, en cambio serán librados del poder del abismo, y aunque les toque aquí sufrir, tienen como íntimo consuelo la esperanza de una vida mejor.

El salmo 73 da un paso más, diciendo que la felicidad de los malos en esta vida *es aparente y pasajera* y serán castigados después de ella, mientras que los justos hallan sus delicias en estar junto al Señor, y serán premiados porque Dios los acogerá en gloria... "Los que se alejan del Señor perecerán". No envidies a los malvados porque su felicidad en esta vida es aparente y pasajera. Tu obra siempre el bien

y Dios te premiará.

Un día Juan Pablo II en Lourdes (a.1983) levantó su voz ante las persecuciones por la fe y dijo: Cuando vemos que aún siguen existiendo encarcelamientos, torturaciones y fusilamientos, cuando "se insta a los demandantes a que se callen, y las víctimas sean olvidadas y se abraza a los asesinos, viene a nuestra mente el recuerdo de las almas de aquellos que fueron degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que guardaban.

Estos, según la expresión del Apocalipsis (6,9-11) clamaban a grandes voces diciendo: "*¿Hasta cuando, Señor, Santo y Veraz, no juzgarás y vengarás nuestra sangre en los que moran sobre la tierra?...* y fue dicho que estuvieran callados un poco de tiempo aún hasta que se completaran sus consiervos y sus hermanos que habían de ser muertos como ellos...

La justicia de Dios llegará para unos y también su recompensa para otros... y esto debe animar a alegrarnos en medio de nuestras tribulaciones en el Señor que nos dice: "*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia* (o sea, los que sufren por la defensa de lo que es justo y santo) *porque suyo es el reino de los cielos... "Alegraos y regocijaos, porque grande será vuestra recompensa en el cielo"*.

Necesidad de las pruebas

Todos pasamos por diversas pruebas o tribulacio-

nes, y tribulación es; los reveses de fortuna, enfermedades, preocupaciones continuas por algo necesario, contradición de los hombres.

"Los días son malos", dice San Pablo (Ef. 5,16). Los días de esta vida son miserables, llenos de pruebas penosas, de tentaciones y de peligros. Por cuya razón Jesucristo dice: *"A cada día basta su mal"* (Mt. 6,34), es decir, a cada día le basta su aflicción y su miseria. Los días son malos, es decir, inciertos, movibles, cortos, llenos de cuidados, de distracciones, de asechanzas y de enemigos...

Sin prueba, ni tentación, dice San J. Crisóstomo, no hay corona, sin combate no hay victoria, y sin pruebas no hay perdón. No hay verano sin invierno. El grano arrojado en tierra necesita lluvia, necesita de la guerra de las nubes y del hielo para convertirse en espigas en la primavera" (Homil. 4 de Divit).

La cera necesita fuego para recibir la impresión del sello; así el hombre, para quedar señalado con el sello de la divina gracia y de la misma divinidad, necesita de las pruebas del trabajo, de las enfermedades, de las tentaciones, etc... (Tesoros C. Alápide).

Lo que está lleno de tierra, de moho y de inmundicias, necesita fuego para purificarse... Las tribulaciones nos purifican. *"Así como el oro prueba la plata y el crisol el oro,* dicen los Proverbios, *el Señor prueba los corazones"* (17,3) con la tribulación.

El Padre Granada decía: "La tribulación es como una lima de hierro, que cuanto es más áspera, más limpia el orín de los vicios".

Un escultor pasó por las canteras de Carrera, como quien busca algo. Ora se paraba, ora proseguía su camino, y de nuevo se detenía. Alguien le preguntó qué era lo que buscaba. "Busco un santo", contestó. Se rieron de él. "En tal caso vaya usted a la iglesia". Pero de súbito detúvose el artista, y señalando con el bastón el bloque de mármol, dijo: "Este es". Compró el bloque y después de esculpir y cincelar durante meses, el bloque tosco quedó transformado en magnífica estatua de Santo.

Todos venimos a ser bloques toscos, estatuas que necesitan del cincel de la tribulación para irnos reformando para llegar a ser verdaderamente santos.

El alma que Dios quiere levantar a grande santidad, con su grande amor de Padre la mete en el mar de las tribulaciones y trabajos de muchos géneros de maneras, porque medre con tan alto ejercicio y sea bien probada y purificada (San Alonso Rodriguez).

Las pruebas vienen de Dios

San Agustín enseña que las pruebas que nos afligen no proceden de los hombres ni del demonio, sino de Dios, que se sirve del hombre o del demonio para castigarnos, como del demonio se sirvió también para experimentar a Job. Dios dice aquel gran doctor, azota a sus hijos para disciplinarlos, a fin de que se corrijan, y azota a los réprobos, a fin de que sean castigados por el ejemplo de los demás.

"Os pondré un freno, a fin de que no perezcáis", dijo el Señor por el profeta Isaías (48,9). Este freno

son las pruebas. Ellas, pues, son un presente de Dios y parten de su benevolencia hacia nosotros, de su beneficencia, que quiere domar nuestro lujo y nuestra concupiscencia. Por el contrario es una prueba de la ira de Dios cuando suelta las riendas al hombre y le deja seguir sus caprichos, permitiendo que se extravie como un caballo indómito que no tiene ya freno que le contenga. Las adversidades son muchas veces de parte de Dios un don más precioso que las prosperidades; son más saludables, y el amor que se tiene por Dios es más puro en las pruebas que en la abundancia. Dios es más perfectamente en la cruz y en las aflicciones, que en los consuelos y delicias. Por eso dijo San Gregorio Nazianceno: "Doy gracias a Dios en las pruebas como en las alegrías, porque tengo por cierto que Dios, la suprema razón, obra para nosotros en interés nuestro" (In Distich).

"Señor, dice el salmista, habéis probado mi corazón y me habéis visitado durante la noche; me habéis hecho pasar por el fuego de la tribulación, y no se ha encontrado en mi la iniquidad" (17,3).

Dios ejercita a sus servidores y amigos con pruebas y persecuciones diversas para elevarlos al honor de la virtud y de la gloria... Mortifica y vivifica; hiere para corregir. Toda la severidad de Dios, dice San Ambrosio, tiene por fin castigar los pecados de los suyos con pruebas, conservar su alma, destruir sus vicios, y hacer crecer en su corazón las virtudes más perfectas. (Epist.).

Nada sucede al fiel sin la presencia y la voluntad

de Dios; y su voluntad consiste en corregirle de sus defectos, o en fortificarle en la virtud y en la paciencia, para aumentar su corona en el cielo. Así es como permitió que el justo Abel muriese a manos de su impío hermano; Así es como probó Abraham, ordenándole que sacrificase a su hijo Isaac; así es como probó a José, permitiendo que fuese vendido por sus hermanos; que Moisés y su pueblo fuesen oprimidos por la tiranía del faraón; que David fuese perseguido por el odio de Saúl; que la casta Susana estuviese expuesta a la odiosa calumnia de dos infames ancianos; que Jeremías fuese encarcelado; que Daniel fuese arrojado a la cueva de los leones, etc. etc...

Nuestros padres, dice Judit, han sido sometidos a la tentación como a una prueba, a fin de que constase si era o no sincero su culto hacia Dios... (8,21-27). *"El Señor, Dios vuestro, os prueba para que se haga patente si le amáis o no"* (Dt. 13,3).

"Dios, dice San Agustín, no tienta para saber algo que antes no sabía; sino para que al tentar, es decir, al interrogar, se ponga de manifiesto lo que hay de oculto en el hombre".

Es un bien que seamos probados

Las pruebas no abaten más que a los que no saben sufrirlas. Las pruebas son una señal, no de la ira de Dios, sino de su amor, porque son la prueba de la elección y de la filiación divinas. Es lo que dice el profeta Zacarías: *"Los probaré como oro y plata; invocarán entonces mi nombre, y oiré su oración"*

(13, 9), y es también lo que dijo el ángel al ciego Tobías: *"Ha sido necesario que la tentación te probase, porque eras acepto a Dios"* (12,13).

También dice el Señor en el Apocalipsis *"Yo reprendo y castigo a los que amo"* (3,19) y es lo que leemos en la carta a los Hebreos: *"El Señor castiga al que ama y azota a todos los que recibe por hijos suyos, porque ¿cuál es el hijo que no es castigado por el padre?...* (12,6-11).

"Dios, dice la Sabiduría, *no abandona al justo; le libra de las manos de los pecadores, le conduce por caminos rectos y le muestra el reino de Dios...* (10,10 ss). Cuando el pueblo de Dios fue agobiado por fa raón con los trabajos de la esclavitud de Egipto, Dios le envió un salvador, le envió a Moisés. El auxilio de Dios está allí donde las adversidades abundan. *"El Señor sabe librar a los justos de las pruebas"* (2Ped. 2,9).

"Invocadme en el día de la tribulación dice el Señor, y yo os libraré y os honraré" (Sal. 48,15). *"Me invocaré y le oiré, estaré con él en sus tribulaciones; le salvaré y le glorificaré"* (Sal. 91,15). Cuanto mayores son las pruebas, más cerca está Dios de nosotros...

Hay dos circunstancias en la vida en que cada cual ve lo que hay en el corazón humano, la ocasión de obrar en secreto, y el momento de las pruebas. Muchos son malos interiormente, y buenos en apariencia, lo que se llama hipocresía: si tienen ocasión de pecar, sin temor a ser descubiertos, entonces se

manifiesta su corrupción y su malicia.

De la misma manera, en tiempos de prosperidad, no se puede discernir los malos de los buenos; pero cuando llega el fuego de las pruebas, entonces brilla el oro y la paja humea, entonces murmuran los malos, se arrebatan y blasfeman; y los buenos, por el contrario, se someten, se resignan, oran y practican la paciencia y la dulzura.

En el crisol, dice San Agustín, se purifica el oro y se quema la paja.

Ventajas de las pruebas

Lo que es el fuego para el oro, la lima para el hierro, y el aventador para el trigo, son las pruebas para las almas fieles...

El dolor desprende nuestro corazón de las cosas terrenas y caducas y los aproxima a Dios, haciéndonos ver que "no tenemos aquí una ciudad fija" o permanente, y así dice San Gregorio Magno: "Las calamidades que nos oprimen, nos fuerzan a ir hacia Dios" (Moral.).

Los sufrimientos de esta vida son a veces un remedio eficaz para hacernos reflexionar y volvernos a Dios, de quien estábamos alejados.

Todo se convierte en bien para los que aman a Dios (Rom. 8,28). El cristiano no debe olvidar nunca estas palabras del apóstol. En la probreza, en la enfermedad, en la persecución, en la calumnia, en el naufragio, en el incendio, en las pérdidas, en el destierro y en la muerte, acuerdese de que todo es en ventaja

del que ama a Dios. debe decir para si en todas las pruebas: Cierto estoy de que nada doloroso ni penoso puede sucederme, que no haya sido determinado primero por el orden paternal de la Providencia.

El sufrimiento es la herencia de los buenos. Jesucristo nos dice: *"si me han perseguido a mi, también os perseguirán a vosotros"* (Jn. 13,20). *"En el mundo tendréis muchas tribulaciones, pero tened confianza. Yo he vencido al mundo"* (Jn. 16,23).

Jesucristo y los santos son modelos en las pruebas

Jesucristo, el inocente y santo, sufre. He aquí el misterio del sufrimiento. Si Jesucristo, el inocente y santo, el Bueno por excelencia sufre, lógicamente tienen que sufrir sus seguidores.

¿Por qué sufre Jesucristo? Como leemos en el profeta Isaías (52,12 ss 53) y luego el relato de la pasión al fin de los cuatro evangelistas, Jesucristo perseguido, es azotado, escupido y aceptando estos sufrimientos voluntariamentre, se pone en lugar de los hombres y se ofrece en sacrificio para obtener el perdón de los pecadores. *El tomó sobre si nuestras dolencias, cargó con nuestros dolores y fue traspasado por nuestras culpas y quebrantado por nuestros pecados...*

Por nosotros descendió del cielo y sufrió por salvarnos. He aquí la misión de los sufrimientos de Cristo. *"Padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas"* (1 Ped. 2,21), y El nos dice: *"Quien no carga con su cruz y me sigue, no*

puede ser mi discípulo" (Lc. 14,27).

Cristo sufrió y murió... y triunfó del dolor y de la muerte, pues resucitó para nunca más morir... Nuestro camino, si queremos ser santos, es el de Cristo: Sufrir y morir juntamente con El para triunfar resucitados y así gozar eternamente con El.

"El misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino" (Gar-Mar).

Bienaventurados serán los que padecen persecución por ser justos" (Mt. 5,10). *"Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren y dijeran con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en el cielo"* (Mt. 5, 11-12).

Todos los santos fueron imitadores de Cristo y supieron sufrir con resignación y amor. Santa Teresa decía: "Padecer o morir". San Juan de la Cruz: "Padecer y ser despreciado por Ti"... Muchos ejemplos podía presentar aquí de los santos, pero nos vale saber que todo hombre pasará en esta vida por las pruebas del sufrimiento; mas lo importante está en saberlas sobre llevar, ya que en si son insignificantes y de corta duración con relación a la gloria eterna que Dios nos promete.

Los padecimientos del tiempo presente dice el apóstol, no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros" (Rom. 8,18).

Para que nuestros sufrimientos tengan mérito redentor, sepamos unirlos a los de Cristo y sepamos

sufrir con amor en satisfacción de nuestras culpas. Cuando estaba para morir el Papa Juan XXIII dijo esta frase: “Sufro mucho, mucho; pero sufro con amor”.

Consecuencia final

Como podemos deducir de todo lo expuesto en este pequeño libro, Dios es bueno, infinitamente bueno, y si manda castigos sobre el mundo es para hacernos a todos recapacitar y volvernos a El reconociendo que la causa de todos los sufrimientos que se padecen en el mundo es porque no se cumplen sus santos mandamientos.

Dios es infinitamente bueno y la bondad que existe brota precisamente de su bondad divina. Imitemos a las almas que pasan a través de este vida en silencio, con la mirada sonriente, con entrañas de compasión, sembrando por doquiera alegría, consuelo, luz y calor, y en cuyas huellas se secan las lágrimas y reverdece de nuevo y florece la flor marchita de la felicidad.

El mundo sería mejor, si nosotros participando de la bondad de Dios, la supiéramos sembrar a nuestro alrededor. Seamos buenos los unos para con los otros, porque también Dios es bueno para con nosotros, y cada uno debiéramos decir: “Soy bueno porque mi Dios es infinitamente bueno”.

Que cada uno de nosotros se puede decir lo que dijeron de aquel obispo inefablemente bueno y bondadoso, el obispo de Ginebra, San Francisco de

Sales: "¡Dios mío! ¡Cuán bueno has de ser Tú, cuando ya es tan bueno el obispo de Ginebra!".

Pasemos por el mundo sembrando el bien, siendo apóstoles de la alegría, de la caridad y del bien. Si nosotros imitamos a Dios, siendo buenos, otros, con los que convivimos serán mejores y contribuirán a desterrar el pecado, causa de todos los males existentes.

Laudetur JesusChristus= Alabado sea Jesucristo

TEMA 2º

DIOS TODO LO RECUERDA

Tu obra siempre el bien

Muchos son los que hacen limosnas y sacrificios por amor a Dios y por el bien de cuantas personas les rodean, y a Dios saben ofrecer obras buenas con amor filial.

Nosotros, dirá tal vez alguno: "Acaso podemos hacer algún "bien" a Dios?. A esta pregunta podríamos responder: Si y no. No podemos hacer algún bien a Dios, porque Dios es infinitamente feliz y no necesita nada de nosotros; mas si podemos hacerle bien, en cuanto podemos demostrarle con obras nuestro amor filial y ofrecerle con celo amoroso sus propias dádivas. De todos modos hemos de saber que los

bienes y gracias que damos a Dios redundan en beneficio nuestro.

Hacer limosnas, rezar, ayunar en silencio, sin aparato por amor a Dios, hacer sacrificios, luchar por El, un pequeño esfuerzo, el vencimiento propio, una victoria también por amor a El, nada olvida Dios.

En el Evangelio Jesucristo nos enseña cómo hemos de hacer limosnas, rezar y ayunar y hacer obras buenas, y nos dice que no hemos de hacerlas por vanidad u ostentación, sino por agradar a Dios y con deseo de hacer bien a nuestros prójimos "porque Dios que ve lo más oculto y más secreto, nos premiará" (Mt. 6, 3-6).

¡Nada olvida Dios! Y para todo el que obra bien es un consuelo saber que Dios nada olvida de sus obras buenas, de su arrepentimiento, de su expiación y reparación.

Dios es omnisciente

Decir que Dios es "omnisciente", es decir que "Dios lo sabe todo". La palabra "todo" comprende el pasado más remoto, el porvenir más oscuro, los enigmas más ocultos de la naturaleza, los misterios más profundos y los pensamientos de todos los hombres...

Dios lo sabe todo con gran claridad y con toda seguridad, como si fueran un espejo prodigioso, que refleja todo cuanto hay, hasta el último detalle, hasta lo más insignificante, sin dificultad ni error... Este "espejo" es su propia esencia, en que lee todo lo que hay, ha habido y habrá.

Santa Teresa de Jesús dice: "Digamos ser la Divinidad como un claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo..., que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga de esta grandeza".

"Asaz admirable, dice San Agustín, es el espíritu de Dios y asombrosamente potente el que conoce todo lo pasado y lo venidero, así como yo conozco una canción bien sabida... (Conf. 11,31). Dios prevé quién pecará movido por su voluntad humana, pero no induce (por su presciencia) a nadie a pecar. (De libere arbit). Nuestra ciencia comparada con la suya es ignorancia". (Conf. 11,4).

"Aunque todo lo que Dios ha presabido o predestinado tiene que suceder no sucede porque haya sido predestinado, sino que ha sido predestinado porque había de suceder".

¿A dónde se extiende el conocimiento de Dios? Se extiende a todo cuanto existe. He aquí lo que leemos en la Biblia: *"Antes que fueran creadas todas las cosas, ya las conocía Dios, y lo mismo las conoce después de acabadas"* (Eclo. 23,29). El es el que conoce el número de estrellas y las llama por su nombre (Sal. 147,4), y conoce todas las aves de los cielos y todo lo que en el campo se mueve... y todas las bestias de la selva y los miles de animales de los montes le pertenecen (Sal. 50, 10-11). *"Yo soy Dios y no hay más Dios fuera de mi. Yo anuncio desde el principio lo que ha de suceder y de antemano lo que no se ha*

hecho y hago que se cumplan todos mis designios" (Is. 46,9-10). *El señor conoce los pensamientos de los hombres...* (Sal. 94,10).

Dios todo lo sabe

Newton decía: "Lo que sabemos es una gota; lo que no sabemos es un océano". Dios omnisciente descubrirá algún día las cosas ocultas. Cristo lo ha dicho: "Nada hay oculto que no haya de descubrirse, y nada secreto que haya de revelarse" (Lc. 8,17).

En particular, en la hora de nuestra muerte y en el último juicio, nos descubrirá Dios toda nuestra vida y la dará a conocer. Como el sol matutino alumbra todos los objetos y da su propio color, así Cristo, sol de justicia, nos iluminará un día con la luz de su omniscencia, esto es, nos juzgará...

Escritas están tus oraciones, escritas tus limosnas, tus ayunos: escritas las abstinencias que guardaste por respeto a Dios (S. Cir. de Jerusalén). Ninguna tela se teje tan fina, que el sol no descubra su trama.

Hemos de pensar a menudo en la omniscencia de Dios, principalmente en tiempo de la *tentación* y cuando padecemos *injustamente*.

El pensamiento, que nos mira Dios, nos contiene en la tentación para que no pequemos. Un hombre que penetró en un huerto para robar fruta, miraba en derredor, si alguien le veía. Entonces oyó la voz de un muchacho que estaba en un árbol: Tu miras en torno, ¿por qué no miras también al cielo? Este recuerdo de la omniscencia de Dios le produjo el

efecto de un relámpago, y le detuvo.

Un niño, que entró con un recado en una casa, vio sobre la mesa un cesto de hermosas manzanas. Como no viera a nadie, vínole la tentación de tomar alguna. Pero recordándose de la omniscencia de Dios, dijo en voz perceptible: ¡No! ¡no puedo tomarlas, porque me ve Dios!.

Entonces le dijo un hombre que estaba oculto detrás de la estufa: Toma ahora todas las que quieras. El que sabe que le observan de cerca se conserva puro; el que piensa que Dios le ve, conserva su alma sin mancha.

San Alfonso Mª de Ligorio dice: "Vive como si no hubiera en el mundo sino *Dios y tu.*" Job, burlado por su mujer, y abandonado por sus tres amigos, se consolaba con este pensamiento. Lo mismo experimento la casta Susana, que cuando fue falsamente acusada, levantó la voz y dijo: "¡Dios eterno conocedor de todo lo oculto, que ves las cosas todas antes que sucedan! Tu sabes que han declarado falsamente contra mi. Tu sabes que muero sin haber hecho nada de cuanto éstos han inventado inicuamente contra mi". El Señor oyó su voz y por medio del profeta Daniel se salvó (Dn. 13,42 ss).

¿Que más podemos decir de la sabiduría de Dios?

La sabiduría de Dios no tiene límites. El lo sabe todo. Dios sabe aquello que el hombre ha ocultado y sigue ocultando; sabe cuanto un hombre se ha lleva-

do a la tumba sin que los demás lo supieran: los más secretos pecados de pensamiento, los atropellos más ocultos, los crimenes nunca descubiertos y los que no se han aclarado...

Dios también sabe ya desde ahora la suerte eterna de cada uno de nosotros, con todo lo que ella nos traerá... El conoce lo bueno y lo malo que hay en el hombre..., el más leve suspiro del corazón que se arrepiente y conoce su pecado, oye la más breve súplica que se le dirige, conoce las obras buenas más insignificantes que hacemos... y sabe todos nuestros pesares, sufrimientos..., sacrificios...., necesidades...

"Todo sabe Dios tan clara, tan distinta, tan perfectamente, como si sólo una cosa hubiese en el mundo" (Nieremberg).

"Señor, dice el salmista, tu me has examinado y me conoces. Tu conoces cuando me siento y cuando me levanto, y de lejos entiendes mi pensamiento. Dicienes cuando camino y cuando descanso, te son familiares mis sendas... (1391.3).

Melania, en su peregrinación por los Lugares Santos llegó hasta el monte Natrón y visitó la ermita de *San Pambo*. Le dio una bolsa con monedas de plata, que pesaban 300 libras. Pambo, sin moverse siquiera le dio las gracias con un "Dios se lo pague". Después volviéndose aun compañero, le dijo: "Toma el dinero y repártelo entre los hermanos de Libia; ellos son más pobres que nosotros". Melania quiso llamarle la atención: "Señor, para que lo sepas: son 300 libras de plata. Pambo siguiendo su trabajo, le

contesto: "Hija, a quien hiciste el obsequio, no necesita balanzas, El ha medido los montes, menos le costará saber el peso de esta plata. Si me hubieses regalado el bolso a mi, harías bien en avisarme. Pero, si lo diste a Dios, que tuvo en cuenta hasta las dos moneditas de la viuda, mejor es que guardes silencio".

- Ozanán cuenta que *Ampère*, el gran investigador, al hablar de Dios inclinaba muchas veces su ancha frente entre las manos y exclamaba: "¡Cuan grande es Dios, Ozanán, cuán grande es Dios!, y ¡nuestro saber es nada!.

Dios es omnividente

Dios lo ve todo. *"Con su mirada alcanza los confines de la tierra y ve cuanto hay bajo la bóveda del cielo"* (Job. 28,24). *Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios.* (Heb. 5,13).

Los malvados, obradores de la iniquidad, cometen crimenes y dicen: *"El Señor no lo ve...". Entendedlo, necios del pueblo, insensatos, ¿cuándo discurriréis?. El que plantó el oído ¿no va a oir? El que formó el ojo, ¡no va a ver? El que educa a los pueblos ¿no va a castigar? El Señor conoce los pensamientos de los hombres, y sabe cuán vanos son* (Sal. 94. 3-11). *El hombre ve el exterior, pero el Señor ve el fondo del corazón* (1 Sam. 16,7).

Es común y corriente representar a Dios con el jeroglífico del triángulo y en el centro de la figura un ojo abierto: los tres lados del triángulo significan las

tres divinas personas, y el ojo en el centro a la Santísima Trinidad omnividente.

En algunos colegios o institutos de enseñanza italianos se han visto muchas veces colgado de la pared, en las salas de los educados, este letrero: "Dio mi vede"= Dios me ve. ¡Cuánto bien haría a todos tener presente este letrero! "Si pensáramos que Dios nos ve, como dice Santo Tomás de Aquino, nunca o casi nunca pecaríamos".

He aquí unos ejemplos que lo comprueban:

1) Una mujer de mala vida quería inducir a pecado a *San Efrén*. Al parecer él consentía. "Pero, dijo, con una condición: cometemos el pecado en pleno mercado". Ella se negó por temor y vergüenza. "De modo, dijo él, que temes la vergüenza ante los hombres, y no temes la mirada de Dios y los ángeles?".

Con estas palabras movió a la pecadora a recogimiento y conversión:

2) En cierta ocasión un caballero, algún tanto curioso, acompañado de un abad fue a ver a la monja *Lutgarda* (m. 1246 en Aywières. Bélgica). El caballero se azaraba todas las veces que le miraba aquella virgen consagrada a Dios.

El Abad le preguntó al volver a casa: "Ya habéis visto a esa santa mujer. ¿Qué opináis de ella?". El caballero le contestó: "Sí, la he visto, pero ¡qué mirada! ¡que ojos!. Confieso que me daba la impresión que eran los ojos de Dios que me examinaban. De puro susto y horror a mis pecados estaba completamente fuera de mi. No deseo más que una cosa:

librarme de mis pecados por su intercesión y lograr por la gracia de Dios no volver a caer".

3) Un notario de Italia mató en un momento de cólera a un malhechor amonestado ya dos veces, y sepultó el cadáver en su viña. Calló el hecho en la misma confesión. Después de vanas indagaciones el asunto se echó al olvido.

Tiempo después *Gerado Majella* va a la casa del notario. Le encuentra, le mira de un modo penetrante y tomándole aparte le dice brevemente y con tono serio: "Señor notario, su conciencia se halla en mal estado. Usted no ha contado todavía aquel golpe mortal que dio al hombre que enterró en su viña.

Espantado miro el notario al santo. Pero después se recogió y expió su acto. Después de la muerte de Gerardo lo confesó todo como señal de la santidad de éste. Los ojos santos traspasan el corazón pecador.

Veamos nuevos ejemplos

La mirada de algunos santos reflejan la mirada de Dios. ¡Cuán penetrante son estos ojos! Me atraviesan. No hay nada oculto ante ellos.

Conrado de Parzham tenía una mirada admirable. "Su mirada", cuenta un sacerdote "es inolvidable para mí. Aunque hayan pasado ya 37 años desde que me miró, no puedo olvidar esa mirada". Esa mirada producía algunas veces el mismo efecto que la del Salvador al mirar a Pedro. Un religioso cuenta: "un día estaba yo sentado en el confesionario, en la antigua iglesia de Santa Ana en Altötting. Entró un joven

desaliñado, y lloró amargamente. No podía proferir una sola palabra de tanto sollozar. Solamente al preguntarle yo con amor: ¿Qué te pasa?, me contestó: "Soy el pecador más grande del mundo", y "¿cómo has venido ahora al confesionario?". El contestó: "He pedido de limosna poco de pan, allá en la puesta, al viejo capuchino, y él me ha mirado, y me ha atravesado con la mirada. Se confesó con tal contrición como pocas veces suele suceder".

- En la escuela. La Hermana que está escribiendo en la pizarra, oye charlar. Se vuelve y reprende seriamente a Juanito, que está en el último banco: "No he sido yo". La Hermana le reprende con más severidad todavía, porque cree que para colmo el niño miente... El se mantiene firme en lo dicho... ¿Quién tiene razón?. Dentro de breve tiempo toca la campanilla. Todos los muchachos se lanzan fuera, solamente Juanito se queda atrás. La Hermana está cerca de la puerta. El hombrecito se pone entonces delante del crucifijo que hay sobre la catedra, lo mira con lealtad y dice con voz que rebosa honradez: "Tu sabes que no fui yo". Esta vez también la Hermana quedó convencida. ¡Cuánto vale caminar bajo la mirada de Dios!.

- *Benito y el rey Totila.* En tiempo de los godos, su rey Totila oyó decir que San Benito de Nursia tenía espíritu de profecía. Deseoso de conocerlo, comunicó el anuncio de su visita. El Abad contestó a los embajadores que gustoso le recibiría. El rey intentó tenderle una trampa para ver si verdaderamente tenía espíritu de profecía.

A este fin ordenó a uno de sus escuderos, llamado Rogi, que se pusiese las vestiduras y emblemas reales y le dio tres acompañantes como séquito. Y de esta manera se presentó ante Benito, como si fuera el mismo rey en persona. Cuando Rigo se acercaba al monasterio, el siervo de Dios, que estaba a la puerta, ya desde buena distancia, le gritó: "Quítate, quítate todo eso, hijo mío, que no te pertenece". Rigo, lleno de respeto ante la mirada del santo, cayó en tierra con su séquito y temblando regresaron donde estaba el rey para contarle la rapidez conque habían sido descubiertos. No es el vestido lo que vale ante Dios.

Dios me ve en vida y en la muerte

1) *Dios me ve en vida.* Hasta los filósofos paganos como Platón lo supieron y así éste dijo: "No podrás huir de su mirada, aunque... te escondas en el seno de la tierra o muy alto te lances a escalar el cielo. Tendrás que sufrir tu castigo o en esta vida o cuando hayas bajado al Ades en un lugar mucho peor".

"*¿Quién puede huir de aquel Espíritu, del cual está lleno el universo? Nadie que hable impiedades quedará oculto ni pasará de largo ante El la justicia vengadora*" (Sab. 1-7).

2) *En la muerte. "Yo soy el alfa y la omega*, dice el Señor (Apoc. 1,8). De El salimos y con El nos encontraremos al terminar nuestros días. De poco importa que las aguas de los ríos vayan hacia oriente u occidente. Siempre desembocan en el mar. De poco importa que hayan sido cauces benéficos o torrentes

devastadores. Siempre terminan en el mismo lugar.

Jeremías, en párrafo tremendo, dice: *"No retrocederá la ira de Yahvé mientras no se hayan ejecutado y cumplido sus designios. Al fin de los tiempos los comprenderéis... ¿Soy yo, por ventura, Dios sólo de cerca? Palabra de Yahvé. ¿No lo soy también de lejos? Por mucho que uno se oculte en escondrijos no lo veré yo? Palabra de Yahvé. ¿No lleno yo lleno yo los cielos y la tierra?...* (Jer. 23, 20-24).

Dios es omnipresente

Decir que Dios es omnipresente es decir que El está en todas partes y que no hay lugar ninguno donde El no esté. Dios está en el astro más grande del universo lo mismo que en la florecita más diminuta, en el átomo más pequeño de la tierra, en la estrella más lejana y en la cercana gotita de agua. Dios está presente, aquí y en todas partes donde haya cosas, y está con todo su ser (siendo), con toda su ciencia (sabiendo), con todo su poder (conservando) y con toda su actividad (obrando).

Como dice San Jerónimo: "Dios está en todo, y por todas partes, y está por encima de todo, y recorre todas las cosas visibles, y lo rige todo y lo sustenta, ni cambia lugar por lugar, sino que lo ordena todo con su mente".

"Si Dios es Dios, dice San Agustín, está presente en todas partes. ¿Adónde quieres ir para huir de los ojos de Dios, o en que parte del mundo hablarás que

El no te oiga?... (Jn. Ps. 95,9). No creas que el Verbo estaba presente en el mundo como están presentes la tierra, el cielo, el sol, la luna y las estrellas, los árboles, las bestias, los hombres. No estaba El presente de esta manera. Pues ¿cómo estaba?. Como artífice que lo domina todo" (In. Jn. 2,10).

Dios no está lejos de nosotros, porque en El vivimos, nos movemos y existimos (Hech. 17,27-28). "*El Espíritu del Señor llena el mundo universo*" (Sab. 1,) "*¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿Adónde huir de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; si bajase a los abismos, allí estás presente....*" (Sal. 139,7 ss).

"La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios" (San Basilio). "Pecad donde estéis seguros que no está Dios. ¡Ah! ningún lugar hay fuera de este ser infinito" (San Bernardo Lib. de modo vivendi c.29).

Nunca estamos solos

Dios está en torno nuestro, junto a nosotros: "*Aunque haya que pasar por un valle tenebroso, no temo mal alguno, porque tu estás conmigo*" (Sal. 23,4). Nunca estamos abandonados: "*Dios está cerca: "Así dice Yahvé, que te creó y formo: No temas, porque Yo te redimí, yo te llamé por tu nombre y tu me perteneces. Cuando pasares por medio de las aguas, estaré yo contigo y no te anegaran sus corrientes...*" (Is. 43,1-2).

El solemne "Yo estoy contigo" aparece como pro-

mesa de Dios muchas veces en la Biblia, vg. la hecha a Isaac (Gén. 26,24), a Jacob antes del retorno (Gén. 31,3), a Moisés antes de la gran embajada al faraón (Ex. 3,12), a Josué al pasar a ser caudillo del pueblo (Dt. 31,23; Jos. 1,5), a Gedeón antes del combate con Madián (Jue. 6,16), etc... Dios estuvo ciertamente con ellos y triunfaron en sus empresas con su ayuda.

Cuando Asá era rey de Judá, salió a su encuentro Azarías, movido por el Espíritu de Dios, y le dijo: *"Yahvé estará con vosotros cuando vosotros estéis con El, y si le buscáis, se dejará hallar de vosotros; mas si le abandonáis os abandonará"*. (2 Cr. 15,1-2). ¡Cuán fácil es el retorno a Dios, si el hombre pecador quiere volver a El de veras! Por eso dice San Agustín: "Señor, está presente aun a los que huyen lejos de ti. Conviértanse, pues, a Ti y te busquen; porque aunque ellos te abandonen a ti Creador, no por eso abandonas tu a tu criatura".

Dios está cerca de nosotros, caminemos en su presencia y recurramos a El en las horas de la tentación, del abandono y de la soledad.

Santa Rosa de Lima, siendo niña, era miedosa por naturaleza, como su madre. Solamente al rezar, aunque fuese de noche, no conocía el sentimiento de temor. Así se quedó una noche en la ermita que se había hecho en el gran jardín de la casa paterna. Su madre preocupada, fue con su esposo a buscar a la niña. Rosa oyó a sus padres y salió a su encuentro. Y entonces se le ocurrió como un rayo de luz: Mi madre que regularmente es tan miedosa, pasaba por el

jardín, porque tiene a su lado a papá. ¿Y yo? mi Esposo, mi Dios, está siempre a mi lado, en mi corazón. Mi madre confía en un hombre mortal. ¿Y yo?. Desde ese momento se curó de todo miedo.

Pensando que Dios está con nosotros, nunca estamos solos. El es nuestra fortaleza y nuestro consuelo.

San Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla (m.407) fue perseguido por la emperatriz Eudoxia, que le amenazó con el destierro. El santo le contestó: Me espantaría de verdad si pudieseis enviarme a un lugar donde no estuviera Dios. Los santos siempre caminan bajo la mirada de El y en El confían.

Ventajas de la presencia de Dios

Como ya hemos indicado, la presencia de Dios excluye todos los pecados. Veamos como se expresan los santos y no santos:

- *San Jerónimo:* "El recuerdo de Dios excluye todos los crimenes (Lib. 7 in Ez. 22).

- *San Ignacio* mártir: "Acordaos de Dios y no pereceréis" (Ad. Hyeronem).

- *San Agustín*: "Hemos de temer a Dios en público; hemos de temerlo en secreto. Marchad: os ve. El sol brilla: os ve; es de noche, y os ve. Entrad en vuestro cuarto: os ve. Temed al que cuida de miraros, y temiéndole, no le ofendáis".

- *Boecio*, filósofo, dice: "Con la presencia del Juez que todo lo sabe, se tiene un vivo horror a los vicios, y los evitamos; se ama la virtud, y se practica" (Lib. 5 de Consolat. prosa 6).

- *Séneca*, "Vivir con los hombres como si estuvieseis delante de Dios, y hablad con Dios, como si los hombres os oyesen" (Lib. 1 Epist. 10 ad Lucil).

Con la presencia de Dios se evita el pecado. José, en Egipto, se vio violentamente atacado; recuerda la presencia de Dios, y queda victorioso: *¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios?* (Gén. 39,9). La casta Susana se ve también fuertemente atacada y solicitada; se acuerda de que Dios la ve, y triunfa (Dn. 13).

- *Tertuliano* decía a los enemigos y perseguidores de los cristianos: "Acusais a los cristianos de que cometen grandes crimenes; los calumniáis. Son incapaces de hacerlo. ¿Por qué? Porque saben que están siempre delante de la vista de Dios, delante de su Juez, y este pensamiento les hace como impecables.

- *San Juan Casiano* dice, según el abate Isaac, que la dicha en esta vida consiste en el frecuente recuerdo de Dios: Esta divina presencia proporciona al hombre, ya en esta vida, un gusto anticipado de la bienaventuranza eterna.

La presencia de Dios nos hace perfectos. Dios se apareció a Abraham y le dijo: "Soy el Señor omnipotente; anda en mi presencia y sé perfecto" (Gén. 17,1). ¿Cómo conseguiréis vencer las distracciones en la oración? dice San Basilio: "Pensando seriamente en que Dios os está mirando". Recordando la presencia de Dios todo nos parecerá fácil, y sabremos sufrir todo...

El que se ocupa de la presencia de Dios, se ase-

gura la gracia, la virtud, la salvación y la gloria eterna.

Pongo fin a este tema con el siguiente ejemplo que confirma el valor de ir en la presencia de Dios.

Cuando Santo Tomás de Aquino estaba en su lecho próximo a morir, uno de sus hermanos en religión le pidió un consejo para lograr la salvación eterna. "Anda en la presencia de Dios -le dijo el Santo-, y así estarás siempre preparado para darle cuenta de tus acciones".

TEMA 3º

LA VOLUNTAD DE DIOS Y LA SANTIDAD

La triple voluntad de Dios

San Pablo distingue en Dios una triple voluntad al decir en la carta a los Romanos (12,2): *"La voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta"*.

San Anselmo comenta: "La voluntad de Dios *buena* está en los que empiezan a servir a Dios y en las personas unidas por matrimonio.

"La voluntad *agradable* está en los que adelantan en la perfección y en las calmas castísimas.

"La voluntad *perfecta* está en los perfectos y en las vírgenes".

El mismo apóstol dice: *"Transformaos por un espíritu nuevo, para que conozcáis cuál es la buena voluntad de Dios"*, es decir, que sepáis lo que Dios

quiere que hagáis bueno, agradable y perfecto...

Propiamente diremos que hay dos voluntades en Dios: una absoluta y otra condicionada. *La absoluta* es aquella por la cual Dios quiere una cosa sin ninguna condición, pues nadie puede resistir a ella, como la creación del mundo..., y es *condicionada,* cuando lo quiere con alguna condición, como la salvación de un pecador si hace penitencia o se arrepiente.

Todos debemos cumplir la voluntad de Dios

Todo cuanto existe, la creación entera con todos los seres animados e inanimados están sujetos a la voluntad de Dios.

El sol, la luna, los astros..., aunque inconscientes, cumplen la voluntad de Dios siguiendo las leyes físicas señaladas por El; mas los hombres por estar dotados de razón deben cumplir la voluntad de Dios de un modo consciente, voluntario y libre.

La voluntad de Dios la cumplen los bienaventurados en el cielo y nosotros también debemos cumplirla en la tierra, y por eso decimos *"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"*.

San Cipriano comenta: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", no para que Dios haga lo que quiere, sino para que nosotros podamos hacer lo que Dios desea. ¿Quién puede oponerse a Dios e impedirle que haga lo que quiera? Mas como el diablo se levanta contra nosotros, procurando que nues-

tros pensamientos y actos no obedezcan en todo a Dios, por eso suplicamos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios, para la cual es necesaria la de su propia voluntad, esto es, su auxilio y protección porque ninguno es fuerte por sus propias fuerzas, sino que está seguro por indulgencia y misericordia de Dios".

Rebelarse contra la voluntad de Dios es una necedad, porque ¿quién puede oponerse a su omnipotente voluntad?.

Dios quiere nuestro bien y por eso en todas las circunstancias de la vida debemos indagar qué es lo que Dios quiere de nosotros, porque el camino de la santidad es "hacer lo que Dios quiere".

¿Cómo conocemos la voluntad de Dios?

Algunos dicen: "Yo cumpliría la voluntad de Dios con mucho gusto si supiera cuál es". ¿Dónde la encontraremos? Es cosa clara y sencilla. Todos la encontraremos en los diez Mandamientos: *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos"* (Mt. 19,17). *"Quien ha recibido mis mandamientos y los observa ese es el que me ama"* (Jn. 14,24).

Diariamente rezamos: "Hágase tu voluntad"; pero no olvidemos que cada uno de los mandamientos es la voluntad de Dios; pues en cada uno de ellos está la palabra y la autoridad de Dios.

¿Cuál es, pues, la voluntad de Dios? Que guardes los diez mandamientos, que te alejes de todo pecado

y cumplas tus deberes. Aquí se encierra el resumen de lo que Dios quiere.

La voluntad de Dios, dice San Pablo, *es que seáis perfectos y llenos en todo de su voluntad"* (Col. 4,12), porque *"la voluntad de Dios es vuestra santificación"* (1 Tes 4,3).

De San Cipriano son estas palabras: "La voluntad de Dios es que se practique lo que Jesucristo ha hecho y enseñado, la humildad en el corazón y en el lenguaje, la firmeza y la perseverancia en la fe, la modestia en las palabras, la justicia en los actos, la misericordia en las obras, la disciplina en las costumbres, no injuriar a nadie, sufrir la injuria, tener paz con el prójimo, amar a Dios de todo corazón" (De orat. Domini).

Nuestro Señor Jesucristo os dispone para todo bien, para que hagáis su voluntad. (Heb. 13, 20-21).

La voluntad de Dios la encontraremos siempre y más que en parte alguna en la voz de la conciencia. Todos conocemos su voz de remordimiento de alabanza cuando obramos bien y de vituperio si obramos mal. Es la voz de Dios en nosotros.

También encontramos la voluntad de Dios en los deberes cotidianos de nuestra posición y de nuestro cargo. El cumplimiento del deber y del trabajo hecho con honradez y diligencia es el cumplimiento de la voluntad divina. Con el salmista digamos: *"Señor, enséñame a cumplir tu voluntad"* (Sal. 143,10).

La voluntad de Dios es vuestra santificación

Estas palabras son las que escribió San Pablo a los tesalonicenses (1 Tes. 4,3). La santidad equivale a perfección, según las palabras de Jesucristo: *"Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto"* (Mt. 5,48). Tenemos que ser perfectos en la medida que nos es posible... La esencia de la perfección está en el amor o unión con Dios: *"Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y al prójimo como a ti mismo"* (Mt. 22, 37-39.

El Conc. Vaticano II nos dice: "Todos estamos llamados a la santidad, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a los fieles, porque Cristo es santo..." y nos enseña cómo podemos santificarnos, sacerdotes, religiosos, obraros... (LG. 39-42).

Para ser santos la virtud más necesaria, decía Santa Teresa del Niño Jesús, es la "energía", esto es, quererlo de veras, poner los medios conforme a la voluntad de Dios.

La santidad no está en hacer esto o lo otro, sino en hacerlo cumpliendo la voluntad de Dios, pues *"no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Dios"* (Mt. 7,21).

La santidad es ante todo un don de Dios, comunicada en el bautismo, por el que quedamos justificados, pero conviene notar que la vida nueva o vida de la gracia recibida en este sacramento ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno de los justificados a lo largo de su vida mediante la gracia de Dios y el

esfuerzo personal, cuyo esfuerzo consiste en seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, es decir, el cristiano debe conformarse con la imagen de Cristo (Rom. 8,29).

San Juan Crisóstomo escribió de esta manera en el siglo IV: "El cristiano no puede contentarse con el carácter santo que recibió en el bautismo; sino que ha de mostrarse mucho más cristiano por su comportamiento, sus palabras, costumbres y hábitos. Porque de otra manera pertenecería a aquellos que si bien con los labios confiesan a Dios le niegan con sus obras... Ni la fe, ni los milagros tienen verdadero valor, si falta la vida recta que los acompañe".

¡Hágase tu voluntad!

Santa Catalina de Génova preguntó una vez a su director espiritual en qué debía reparar más cuando oraba o leía. El sacerdote le respondió:

"Hija mía, en tus oraciones medita siempre las palabras: "Hágase tu voluntad". Y al leer la sagrada Escritura detente en la palabra "amor" siempre que salga. Pues sábete que esta palabrita es la más excelsa y la más rica en sentido de toda la sagrada Escritura. Toda la perfección no consiste más que en el cumplimiento de la voluntad divina y en la caridad.

Con estas dos virtudes podrás caminar segura, y nunca te extraviarás del camino del cielo, sin que necesites ahora luz u otra guía".

Ciertamente tenemos que decir que nos santificamos en la medida que sometemos nuestra voluntad a

la del Señor, y debemos conformarnos en todo con ella: en lo que hacemos y en lo que sufrimos.

Por el cumplimiento de la voluntad de Dios entramos a ser familia de Cristo para santificarnos con El. *"Porque quien quiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre"* (Mt. 12,50).

"El que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre" (Jn. 2,17), por eso San Cripriano dijo: "Los que deseamos permanecer para siempre, debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno".

¡Cuántas gracias derramaría Dios sobre este mundo si cumpliéramos su voluntad!. Entonces ya no habría odio, ni enemistad en la tierra; no habría robos, asesinatos, ni guerras; porque todas estas cosas... ¡no son la voluntad de Dios!, pues Dios quiere que haya paz en las naciones, que los pueblos no se maten, que nadie robe lo ajeno... Dios ha dado la libertad para el bien, y como ellos la emplean para el mal, ellos con los culpables.

El ejemplo de Jesucristo

Jesucristo se hizo hombre y vino a la tierra con el fin de redimirnos con su sangre preciosa y para enseñarnos con su doctrina el camino del cielo e instruirnos con su ejemplo.

Entre otras cosas que nos enseñó, una de las más principales fue que tuviésemos entera conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas, y esto solamente nos lo enseñó con palabras, cuando nos en-

señó a orar, poniéndonos ésta por una de las principales peticiones: *"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"*, sino también con su ejemplo confirmó esta doctrina. Y así al entrar en el mundo, dijo: *"Sacrificio y ofrenta no quisiste, en cambio me preparaste un cuerpo; holocaustos además por el pecado no aceptaste. Entonces dije: He aquí que he venido para hacer oh Dios, tu voluntad"* (Heb. 10,5-7).

También en el Huerto de los Olivos, al ver el cáliz de la amargura, dijo: *"Padre mío, si es posible, pase de mi este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tu"* (Mt. 26,39).

Con estas palabras nos da ejemplo para no hacer nuestra voluntad, sino la de Dios. Y así vuelve a decir Jesucristo: *"He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió"* (Jn. 6,38).

San Cipriano nos dice: "Si el Hijo obedeció para hacer la voluntad de su Padre, ¿con cuánta más razón debe obedecer el siervo para hacer la voluntad de su Señor?. Exhórtanos e instrúyenos en ello el apóstol San Juan en su primera carta (1 Jn. 2,14-17), diciendo: *"No améis lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre"*.

Nada sucede sino por la voluntad de Dios

Nada sucede sino por voluntad de Dios, exceptuándose el pecado... No hay nada fortuito para Dios... Todo lo que nos sucede está registrado en su voluntad... Lo que se llama casualidad, está dirigido por Dios...

Las pruebas, las contrariedades proceden de Dios... Dios da los instrumentos exteriores con los que se obra mal, como los sentidos, las riquezas y los talentos; pero la voluntad de Dios no está en que nos valgamos de ellos para cometer el pecado... El pecador es quien convierte estos bienes en instrumentos de mal... Sometiéndose a la voluntad de Dios, todo está ordenado; y entonces Dios, lejos de castigar, no tiene más que recompensas para nosotros... (A Lápide, Tesoros).

Debemos tener como cosa cierta que ninguna cosa puede acontecer ni suceder en el mundo sino por voluntad y orden de Dios. Siempre se ha de entender, excepto la culpa y el pecado, porque de eso Dios no es causa, ni autor, ni lo puede ser. Pero fuera de esto todas las demás cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y orden de Dios.

No hay fortuna en el mundo, como fingía el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay sino sólo Dios. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sabio: *"Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las da"* (Ecl. 11,14).

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, ninguna cosa se hace o sucede que no venga de la mano de Dios, y toda nuestra perfección está en conformarnos con su voluntad.

El P. Rodriguez en su Compendio del Ejercicio de Perfección dice: "Ninguna cosa habéis de tomar como venida acaso, o por industria y trazas de los hombres; porque eso es lo que suele dar pena y congoja; no penséis que os vino esto o aquello porque el otro lo movió, y que si no fuera por tal o tal cosa, de otra manera sucedería. No habéis de hacer caso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier via y por cualquier rodeo que vengan, porque El es el que las envía por esos medios..

San Agustín dice muy bien: "No dijo el santo Job: el Señor me lo dió y el demonio me lo quitó; porque sabía muy bien que el demonio no puede hacer más mal de lo que le es permitido por Dios". Y prosigue el santo: "Ninguno diga: el demonio me hizo este mal; atribuid a Dios vuestro trabajo y azote, porque el demonio no puede hacer nada, ni tocarlos al pelo de la ropa, si Dios no le da licencia para ello".

Modo de hacer la voluntad de Dios

"El Señor ha buscado a un hombre según su corazón", dice la Escritura (1 Sam. 13,14). Por el corazón de Dios, dice San Gregorio Magno, la Sagrada Escritura designa su voluntad, cuando aplicamos nuestra inteligencia a conocerle y nuestro

corazón a amarle".

"El hombre según el corazón de Dios, dice San J. Crisóstomo, hace siempre lo que Dios quiere; une su corazón al corazón de Dios; une su alma a su alma; quiere lo que Dios quiere, y no quiere lo que Dios no quiere" (Homil. ad. pop.).

"Hay una cosa, dice San Pedro Damián, a la que todo fiel debe dedicarse con ardor, el saber si agrada a Dios en sus acciones, si Dios está contento. Pues ¿de qué sirve obrar si no agrada a Dios?" (In Epist.).

También dice San Basilio: "Si el cristiano dirige todas sus obras, ya grandes, ya pequeñas, hacia la voluntad de Dios, cierto puede estar de que sus obras son perfectas".

"Señor, dice Kempis, hacedme la gracia de no querer más que lo que queráis de no querer jamás lo que no queréis, y de no poder jamás querer lo que no queréis".

La conformidad y la resignación entera con la voluntad de Dios es de las mejores y principales disposiciones que de nuestra parte podemos poner para que el Señor nos conceda grandes bienes. Y así, cuando Dios nuestro Señor quiso hacer a San Pablo, de perseguidor, predicador y apóstol suyo, le previno y dispuso con esta disposición: Envióle una gran luz del cielo, que le derribó al suelo y le abrió los ojos del alma y le hizo decir: *"Señor, ¿qué queréis que haga?"*. Vedme aquí Señor como un poco de barro en vuestras manos para que hagáis de mi lo que quisiereis. Y así hizo Dios de él un vaso escogido para que

llevase y derramase su nombre por todo el mundo.

La sumisión a la voluntad de Dios nos hace fuertes en todas las pruebas

Se dice en el primer libro de los Reyes que Aod se valía hábilmente de sus dos manos y tenía una espada de dos filos (15,16). Tal es el hombre sometido a la voluntad de Dios; está sometido a ella en la adversidad y en la prosperidad, en la desolación y en el consuelo...

Seremos como Aod, dice San Juan Casiano, cuando no nos conmovamos por la abundancia ni por el hambre; cuando en el hambre no murmuramos; cuando en la abundancia sepamos despreciar los placeres, dando gracias a Dios en ambas situaciones y obrando como San Pablo, que decía: Sé tener poco y mucho:; hecho a todo, conozco la saciedad y el hambre, la abundancia y la indulgencia. *Todo lo puedo en aquel que me conforta*" (Fil. 4,12-13).

En los Hechos de los Apóstoles leemos que San Pablo y San Bernabé afirmaban las almas de los discípulos, exhortándoles a perseverar en la fe, y enseñándoles que hemos de entrar en el reino de Dios por muchas tribulaciones (14,21).

En todo somos atribulados, dice San Pablo, *mas no abatidos; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no destruídos; llevamos siempre en nuestro cuerpo los sufrimientos de Jesús muriente, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo, por-*

que nosotros, los que vivimos, estamos de contínuo expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal (2 Cor. 4,8-10).

El mismo apóstol dice: *"El Espíritu Santo me advierte que me esperan cadenas y tribulaciones; pero nada de esto me importa mientras siga mi carrera y cumpla con el ministerio que he recibido del Señor Jesús"* (Hech. 20, 23-24).

Esta es la fuerza esto es el valor y el heroísmo que da la sumisión a la voluntad de Dios...

La sumisión a la voluntad de Dios da paciencia y alegría

"Había un mendigo, llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta del rico, y cubierto de úlceras deseaba satisfacerse con las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba", dice Jesucristo (Lc. 16,20-21

Ved también la paciencia de Job. Escuchemos lo que dice en la más horrible miseria: *"Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré al seno de la tierra. Dios me lo había dado y Dios me lo ha quitado todo; tal ha sido el agrado del Señor; bendito sea su Nombre"* (1,21).

San Pablo se alegraba en medio de sus sufrimientos (Col. 1,24) y decía: *"Estoy lleno de consuelo, reboso de alegría en todas mis tribulaciones"* (2 Cor. 7,4) *"Padezco, pero, lejos de estar confundido, estoy en la alegría, pues sé por quien sufro"* (2 Tim. 1,12).

Estoy pronto no sólo a que me aten, sino morir por el nombre del Señor Jesús" (Hech. 21,13).

"Los apóstoles salieron del Consejo llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús" (Hech. 5,41).

Tales son las maravillas que obra la resignación a la voluntad de Dios.

Un veraneante veía día tras día en los montes del Tirol a una viejecita que llevaba un pesado fardo sobre el hombro, y bajaba del monte al valle y subía del valle al monte. Nunca la vio perezosa ni malhumorada, siempre estaba tranquila y alegre. Un día el turista entabló conversación con ella y le preguntó cómo podía conservar su alegría con aquellas pesadas caminatas. La buena viejecita contestó: "Tengo una breve oracioncita y ella me ayuda a pasar todos los caminos". ¿Cuál es?. Pienso en nuestro Señor adorable, cuando llevaba la cruz en el Calvario, y después me digo a mi misma: Como Dios quiera. Si viene enfermedad o duro trabajo: Como Dios quiera. Si es bueno el tiempo o si es malo: Como Dios quiera.

¿Ve usted, mi buen señor? Esto me da sosiego; pruébelo también usted, esto le ayudará.

El turista quiso aún saber donde había aprendido la viejecita esta "formula de encantamiento". "El señor párroco nos lo dijo en el sermón". Y la viejecita, cargándose su fardo, prosiguió el camino cuesta arriba.

Ejemplos edificantes

Estos ejemplos confirman cuanto agrada a Dios el ejercicio de la conformidad con su voluntad y la perfección grande que hay en él.

1) *San Cesareo de Arlés* refiere que en un monasterio había un monje, al cual había dado Dios tanta gracia de hacer milagros, que con sólo tocar sus vestiduras o el cíngulo con que se ceñía, sanaban los enfermos; lo cual como considerase atentamente su abad, y por otra parte no viese en aquel monje cosa especial que resplandeciese de santidad, le llamó aparte y le preguntó que le dijese la causa de hacer Dios por él tantos milagros.

El respondió que no lo sabía, "porque yo -dice- no ayuno más que los demás, ni hago más disciplinas ni penitencias, ni tengo más tiempo de oración ni velo más; lo que puedo decir de mi es que ni las cosas prósperas me envanecen, ni las adversas me desmayan; ninguna cosa que acontezca me turba ni inquiera; con la misma paz y sosiego está mi alma en todos los sucesos, por adversos que sean, ahora sean propios, ahora ajenos".

Díjole el abad: "¿No te turbaste o inquietaste algo en otro día, cuando aquel caballero, nuestro contrario, pegó fuego a nuestra granja y la quemó?". "No, dice, ninguna turbación sentí en mi alma, porque todo lo tengo ya dejado en las manos de Dios, y así lo próspero como lo adverso y lo poco como lo mucho, lo tomo con igual hacimiento de gracias, como

venido de su mano". Y conoció entonces el abad que esta era la causa de aquella virtud de hacer milagros.

2) *Blosio* cuenta que, siendo preguntado de un teólogo cierto pobre mendigo de vida perfecta cómo había alcanzado la perfección, respondió de esta manera: "Determiné llegarme a sola la divina voluntad, con la cual de tal suerte conformé la mia, que cuanto Dios quiere también lo quiero yo; cuando el hambre me fatiga, cuando el frío me molesta, alabo a Dios.

Ahora sea el aire sereno, ahora recio y tempestuoso, asimismo alabo a Dios. Cualesquiera cosa que El me da o permite que me venga, ahora sea próspera, ahora adversa, ahora sea dulce, ahora amarga y desabrida, la recibo de su mano con grande alegría, como cosa muy buena, resignándome en todo en El con humildad.

Jamás pude hallar descanso en cosa alguna que no fuese Dios; y yo hallé a mi Dios donde tengo descanso y paz eterna".

3) *En las Vidas de los Padres* se cuenta de un labrador que siempre sus campos y sus viñas llevaban más abundantes frutos que los de los otros.

Preguntado de sus vecinos cómo era aquello, respondió que no se espanta de tener él mejores frutos que ellos, porque tenía él siempre los tiempos como él los quería. Y espantandose los otros más de esto, preguntáronle cómo podía ser aquello; respondió: "Yo nunca quiero otro tiempo sino el que Dios quiere; y como yo quiero lo que Dios quiere, me da El los

frutos cómo yo los quiero".

Doctrina de San Agustín sobre la voluntad de Dios

La voluntad de Dios es la causa de cuanto existe... La voluntad de Dios es la salvación de los hombres... La voluntad de un Creador tan grande es la naturaleza del objeto creado... y es la ley de las cosas...

Hay dos voluntades: Tu voluntad ha de corregirse según la voluntad de Dios, y no torcerse la voluntad de Dios según la tuya. Tu voluntad es mala, regla es la divina; manténgase la regla para que lo malo se corrija.

No quieras torcer la voluntad de Dios según la tuya, sino corrige tu voluntad según la de Dios. La voluntad es como una regla: piensa, pues que has torcido la regla, ¿cómo podrás corregirte? En verdad ella sigue íntegra, porque es inmutable. Mientras se conserva la regla, tienes a donde volverte y puedes corregir tu maldad, tienes que enderezar lo que hay de torcido en ti. Pero ¿qué es lo que quieren los hombres? No les basta tener torcida la propia voluntad; quieren torcer también la de Dios según su propio corazón, para que Dios haga lo que ellos quieren.

¿Quiénes son los de recto corazón? los que quieren lo que quiere Dios. Eres de corazón torcido y mala voluntad, si quieres otra cosa de la que quiere Dios.

No se hace nada si no quiere el Onmipotente, bien permitiendo que se haga, bien haciéndolo por si mismo... La voluntad de Dios se cumple en ti, aunque

tu no la cumplas... Aun de aquellos que hacen lo que El no quiere, Dios hace lo que quiere.

La voluntad de Dios es que seamos santos

Estas palabras son de San Pablo: (1 Tes. 4,3). "La santidad, según Santo Tomás consiste en estar limpios de pecado y en practicar el bien".

La santidad no está en hacer cosas extraordinarias, pero si en hacer lo ordinario de cada día *de un modo extraordinario*, o sea, cumplir con diligencia y fidelidad nuestro deber de cada día. En otras palabras está en *"Hacer* lo que Dios quiere, y *querer* lo que Dios hace".

Hacer lo que Dios quiere es cumplir sus mandamientos, nuestros deberes de estado, nuestro reglamento de cada día con la perfección posible, y *querer lo que Dios hace,* o sea, aceptar cuanto Dios nos envía, sean males físicos o morales... Lo que Dios hace esta bien hecho... De estos males Dios saca bienes para mi provecho. Confiemos en Dios, y ante las pruebas de la vida digamos lo que los santos: *"Señor, hágase tu voluntad"*.

De San Francisco de Sales es este gran pensamiento: "La doctrina cristiana nos propone claramente las verdades que Dios quiere que creamos, los bienes que quiere que esperemos, las penas que quiere que temamos, lo que quiere que amemos, los mandamientos que quiere que cumplamos, y los consejos que desea que sigamos. Y todo esto se llama voluntad *significada* de Dios, porque nos ha significado y

manifestado que quiere y desea que todo ello sea creído, esperado, temido, amado y practicado".

Nuevos ejemplos que revelan la voluntad de Dios

Todos los santos en la tierra han estado siempre sumisos a la voluntad de Dios, que la han visto claramente revelada en su mandamiento supremo de amarle a El sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos y en ir por el camino de la humildad y conformarse en todo con el querer divino.

1) *Un cuento de Tolstoi* intitulado: "Quien ve a su prójimo ha visto a Dios".

Un anciano y piadoso zapatero remendón sueña una noche que Jesucristo pasará ante él el día siguiente. Desde la ventana de su taller, que se halla en un sótano, está mirando con sumo interés a los que pasan.

- Ve a una pobre mujer que desesperada iba a suicidarse con su hijo. La invita a entrar, la consuela y la socorre lo mejor que puede.

- Luego pasa un pobre hombre de estos que van quitando la nieve de la calle. Está transido de frío. El zapatero le invita y le hace entrar en el cuartito para que se caliente y tome un bocado. Así va hasta la noche.

El zapatero espera hasta media noche. No ha visto pasar a Jesús, Cansado y un poco desilusionado se prepara para acostarse, pero antes como de costumbre, quiere leer algún pasaje de la Escritura. Abre el libro y su mirada tropieza con estas palabras:

"Siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis". El zapatero siente subir una oleada de calor de su corazón, comprende que Jesucristo le ha visitado varias veces durante el día en la persona de sus hermanos necesitados.

2) *San Salvador de Horta,* religioso admirado por los muchísimos milagros que hacía con la simple señal de la cruz sobre ellos. Grande era la admiración que España entera sentía por él. Un día cierto señor, temido que el ánimo del Taumaturgo se enorgulleciese parándole en medio del camino, le advirtió: "Atento, Salvador, guárdate de la vanagloria y que no te envanezcan los aplausos, de otra suerte, llevaría razón el diablo". El siervo de Dios le respondió humildísimamente: "Bendígate el Señor que te crió. Pero has de saber que soy como el saco de paja que tan honrado se siente cuando le colocan en el lugar más elevado de la casa, como cuando lo esparcen por el establo".

3) *Uno de aquellos Padres del Yelmo* me acuerdo de haber oído decir a mi maestro, que codicioso de saber a qué grado de perfección había llegado en muchos años que tenía de soledad, y qué hombre habría que se lo pareciese en el aprovechamiento espiritual, oyó una voz que le dijo:

"Sal de tu celda y mira bien la persona que primero te ocurriere, que esa corre parejas contigo en la virtud".

Salió el solitario al camino, y levantándose una

gran tempestad de aire, agua y granizo, arrimóse a un árbol, y estando allí, paso un mozuelo desarrapado, cuyo oficio era vender melcochas, y venía tan contento y lleno de alegría, aunque el día era tan trabajoso, que puso en admiración al solitario y preguntóle que cómo venía así de alegre en tiempo tan riguroso. A lo cual respondió el melcochero, que no tenía razón para hacer otra cosa, porque nuestro Señor hacia su santa Voluntad, lo cual él sólo buscaba en todas las cosas.

Y añadió, que con ningún suceso se turbana ni entristecía. "Si llueve, huélgomo; si hace sol, también: si me vienen adversidades no quepo de gozo, y si corre bonanza doy gracias a mi Señor, porque conozco que se hace en todo su voluntad". Quedó con esto el solitario confuso de verse comparado a un hombrecillo de tan poca cuenta, y cayó en ella de que la perfección ni está en azotes, ni en altas contemplaciones; sino en ajustarse el alma con la voluntad de su Señor Dios, sin cuidado de otra cosa criada (*Juan de los Angeles)*

Medios para someterse a la voluntad de Dios

1° Convencernos de que, procediendo todo de Dios, todo sucede por nuestro bien... o por corregirnos... o por hacernos merecer...

2° Aceptar el cáliz, como si el mismo Dios nos lo presentase...

3° Decir una sola vez en la adversidad: "Os doy gracias, Señor -Bendito sea Dios-, vale más que

millones de acciones de gracias, dijo S.J. de Avila.

4º No someterse solamente en general, sino en los pormenores.

5º Sufrirlo todo con paciencia...

6º Ejecutar con prontitud... con deseo... con alegría la voluntad de Dios.

7º No inquietarse por lo que el Señor quiere hacer de nosotros, y repetir con el salmista: "Señor, mi suerte está en tus manos" (31,16).

8º Meditar muchas veces los ejemplos de Jesucristo, de los Santos y de todas las criaturas... (C. a Lapide).

La voluntad de Dios también se nos manifiesta a través de los superiores:

San Gregorio Magno, antes de ser Papa, estando con Hugón (su Superior), vio que todo lo que había de mandar se lo decía primero Cristo al oído, y dijo Gregorio: "Verdaderamente, quien obedece a los superiores, obedece a Cristo, y quien menosprecia la obediencia, a Cristo menosprecia".

Juan XXIII dijo: "Fuera de la voluntad de Dios nada nos interesa".

Y Juan Pablo II ha dicho: "La santidad es la alegría de hacer la voluntad de Dios".

INDICE

Presentación 3
Advertencia previa 5

1er TEMA DIOS Y EL MAL
¿Por qué permite Dios el pecado 7
¿Cuál es el origen del mal? .8
¿Cómo rige Dios al mundo? 9
El Dios bondadoso y el sufrimiento 11
No te impacientes por los malvados 13
Necesidad de las pruebas .15
Las pruebas vienen de Dios 17
Es un bien que seamos probados 19
Ventajas de las pruebas 21
Jesucristo y los santos son modelos en las pruebas . .22
Consecuencia final 24

2º TEMA DIOS TODO LO RECUERDA
Tu obra siempre el bien 25
Dios es omnisciente 26
Dios todo lo sabe 28
¿Que más podemos decir de la sabiduría de Dios? . .29
Dios es omnividente 31
Veamos nuevos ejemplos .33
Dios me ve en vida y en la muerte 35
Dios es omnipresente 36
Nunca estamos solos 37
Ventajas en la presencia de Dios 39

TEMA 3º
LA VOLUNTAD DE DIOS Y LA SANTIDAD

La triple voluntad de Dios 41
Todos debemos cumplir la voluntad de Dios 42
¿Cómo conocemos la voluntad de Dios 43
La voluntad de Dios es vuestra santificación 44
¡Hágase tu voluntad! 46
El ejemplo de Jesucristo 47
Nada sucede sino por la voluntad de Dios 49
Modo de hacer la voluntad de Dios 50
La sumisión a la voluntad de Dios nos hace fuertes en las pruebas 52
La sumisión a la voluntad de Dios da paciencia y alegría 53
Ejemplos edificantes 55
Doctrina de San Agustín sobre la voluntad de Dios 57
La voluntad de Dios es que seamos santos 58
Nuevos ejemplos que revelan la voluntad de Dios . . .59
Medios para someterse a la voluntad de Dios 61